



PRÓLOGO

No era más que una sombra.

Una sombra de que lo que un día fue. Le costaba acordarse de su nombre, de su aspecto y, a veces, hasta de su propia historia.

La imagen que le devolvían las aguas del arroyo que desembocaba en el mar no solo le era del todo extraña, sino que además le confirmaba su sospecha de que los años no habían pasado en balde. Lo notaba en la piel acartonada, en el pelo lacio que hacía tiempo que había dejado de intentar domar, en las plantas de los pies, duras como rocas. Lo sentía incluso en su carácter: se había vuelto huraño, desconfiado e incluso un poco paranoico.

Y eso que Eneas no se había cruzado con nadie en los cinco años que llevaba en la isla de Mergón.

Aun así, a pesar de que no había avistado ninguna embarcación y tampoco se había llevado la sorpresa de encontrarse a alguien paseando por la que ya consideraba su playa, no era capaz de separarse de las armas que él mismo había fabricado. Al principio pensó que no lo lograría, que construir algo con lo que defenderse —algo que de verdad sirviera para ello y que no se quedara en una ridícula intentona— no se encontraba dentro de sus capacidades. Había conseguido colocar unas cuantas ramas que, tapadas con hojas, hacían las veces de

chamizo bajo el que guarecerse. También había descubierto cómo pescar y cazar los pequeños animales que se dejaban ver por la arena. Por supuesto, había invertido tiempo en descifrar cuáles eran las frutas de las que podía alimentarse y cuáles, según las malas experiencias vividas, era mejor no llevarse a la boca.

Cinco años daban para mucho.

Al principio encontró en la tinta de calamar y en las hojas de palmera secas un buen entretenimiento, pero hasta eso consiguió cansarle pasado un tiempo. Adoraba pintar, claro que sí, pero la idea de que esos iban a ser los únicos lienzos que iba a tener el resto de su vida hizo que mirara aquellos pinceles improvisados de una manera muy distinta. Ya ni siquiera se molestaba en hacer dibujos en la arena. Eso pertenecía a otro Eneas, a uno que se había quedado muy lejos de donde él estaba y con el que jamás se reencontraría.

Así era su pesar.

Así era su día a día.

Casi no pensaba en lo que había ocurrido tiempo atrás. Casi no recordaba el rostro ni la voz de sus padres, antes tan presente dentro de su cabeza, y que ahora eran un susurro lejano que a veces no encontraba la fuerza suficiente como para apartar el resto de pensamientos que le invadían todo el tiempo.

Esos pensamientos se basaban en, prácticamente, estudiar cada una de las alternativas para salir de la isla de Mergón. En un primer momento se convenció de que estaba bien allí, de que no le vendría mal alejarse del que había sido su infierno personal durante los últimos meses. Sin embargo, con el paso de los días, de los años, comprendió que no podía quedarse a vivir en aquella isla para siempre. Acabaría perdiendo la cabeza. «Si hasta hablas solo», se dijo. Y era cierto. Cuando llegó a la isla, se sorprendió a sí mismo hablando en voz alta después de haberse pasado casi diez días sin decir ni una sola palabra. Eso hizo que le doliera la

mandíbula, hasta entonces apretada, y también que su voz saliera ronca y, al principio, inaudible.

Pero hablar solo no tenía nada que ver con mantener una conversación con alguien. A veces sentía que necesitaba un estímulo, algo que le hiciera pensar, que le retara. Era en esos instantes en los que aparecía por su mente una Carey lejana a la que trataba de olvidar con todas sus fuerzas. Solo en los momentos de debilidad, esos en los que ya no aguantaba más la soledad y la cabeza le jugaba una mala pasada, se permitía pensar en su sonrisa ladeada, en su cabello castaño con ese flequillo largo que tenía que soplar todo el tiempo para que no se le metiera en los ojos del color del hielo. En su forma tan peculiar de vestir, siempre con esos chalecos con engranajes que recordaban a un mecanismo intrincado. Le había costado mucho tiempo comprender que eran una completa declaración de intenciones. Carey era como esos engranajes: complicada, difícil de entender y tan atrayente que era imposible apartar la vista de ella ni un solo segundo.

A pesar de ello, por mucho que Carey se empeñara en pasearse por su mente —lo que le dejaba muy claro lo débil que era en realidad—, él se esforzaba todavía más por sacarla a la fuerza de sus pensamientos. No quería pensar en ella, no quería tenerla presente. Quería olvidarla y no volver a saber nada de ella jamás.

Al fin y al cabo..., había matado a sus padres.

Al principio trató de no darle vueltas a ese tema, como si negando la realidad estuviera convenciéndose a sí mismo de que todo había formado parte de una pesadilla horrible. Pero después la cosa cambió. En sus momentos de debilidad no podía evitar darle vueltas al hecho de que había besado a la asesina de sus padres. De que había deseado hacer suya a la asesina de sus padres. De que se había enamorado de la asesina de sus padres.

¿En qué lugar le dejaba aquello? ¿En qué lo convertía?

«En un monstruo», se decía Eneas una y otra vez.

Por eso no quería pensar en ella, porque se le hacía imposible enfrentarse al hecho de que, si en un hipotético futuro volviera a encontrarse con Carey, no sabía si sería lo suficientemente fuerte como para no perdonarla.



PRIMERA
PARTE



CAPÍTULO I

Tobias Jhonson
En algún lugar del mar Argentó

Lo primero que le explicaron cuando entró en la Flota fue que el mar Argentó se llamaba así por los reflejos que creaba la luna en su superficie. Claro que Tobias Jhonson sería capaz de apreciar mucho mejor ese detalle si el mar estuviera un poco más tranquilo y si la comodora Flancon le dejara un par de segundos libres para poder mirar más allá de las tablas que tenía que fregar una y otra vez.

Aunque los integrantes de la Nueva Gobernación se habían esforzado mucho para convencer a algunos chicos y chicas de que el futuro en la Flota era muy prometedor, lo cierto era que con Tobias no hizo falta que pusieran demasiado empeño. Después de ver cómo asesinaban a Aiden, después del derrumbe, después de haberse pasado dos días enteros enterrado debajo de aquellas piedras que un día formaron el castillo de Britacor, después de haber sobrevivido, después de haber tenido que empezar de cero, supo que se iría con el bando ganador sin pedir explicaciones. Quería vivir, costara lo que costase, y si tenía que unirse a la Flota para ello, lo haría sin dudar.

Así que llevaba casi cinco años metido en el Fuego Sagrado recorriendo los mares de Vestalia, hasta entonces inexplorados.

Una de las medidas de la Nueva Gobernación fue sacar partido a todos esos puertos que en un pasado funcionaron y que, desde

que se inventó el sistema de las mentiras, quedaron inutilizados. Se harían con una flota de barcos, elegirían a algunos representantes para que actuaran en nombre del Gobierno en caso de que hiciera falta y conseguirían un séquito de fieles que trabajarían para ellos a bordo.

Tobyas no comprendía por qué esos mares no habían llamado la atención de los antiguos dirigentes. «Tal vez estuvieran demasiado ocupados ideando cómo destrozarnos la vida y no tenían tiempo para pensar en barquitos», le dijo uno de sus compañeros cuando expresó en voz alta sus dudas. Esa excusa le sirvió tan bien como cualquier otra; en realidad, prefería no darle demasiadas vueltas a lo que existía antes de la Flota; no quería volver a revivir nada de lo ocurrido y para ello era mejor olvidarse de que hubo una vida antes del derrumbe.

La Nueva Gobernación fue muy dura con los supervivientes de lo que se empezó a conocer como el Gran Cataclismo. Nadie se atrevía a llamarlo por su nombre: un asesinato masivo que afectó a todas y cada una de las ciudades de Vestalia, llevado a cabo por los fanáticos que ya entonces actuaban en nombre de la verdad.

Aunque su objetivo principal fue destruir todos los edificios que tuvieran algo que ver con la Gobernación y aniquilar a los que estuvieran en su interior, la catástrofe no se quedó ahí: los ciudadanos de a pie sufrieron las consecuencias como los que más. Perdieron sus casas, sus fincas, sus trabajos y todo lo necesario para salir adelante. Muchos murieron. Consiguieron su objetivo: que no quedara ni un solo miembro de la Gobernación con vida, y no les importó en absoluto que los daños colaterales, como ellos los llamaban, fueran tan devastadores.

Cuando el pueblo se repuso lo suficiente —aunque no lo bastante como para analizar con detenimiento lo que acababa de ocurrir—, la Nueva Gobernación reclutó uno a uno a todos los supervivientes de la explosión. Les proporcionaron agua, comida y cobijo, y, una vez que recuperaron las fuerzas, les dieron a

elegir entre ser fieles al nuevo régimen que se iba a imponer en Vestalia o morir. Muchos lo tuvieron claro: no se doblegarían ante aquellos que habían asesinado a sus familias, que habían destruido el mundo tal y como lo conocían, así que acabaron colgados en juicios masivos que se celebraban tres veces al día ante la atenta mirada de los que todavía estaban indecisos. Otros tantos... otros tantos prefirieron seguir viviendo.

Fue el caso de Tobyas.

Una vez que prometió fidelidad a la Nueva Gobernación, le pusieron en la solapa de la chaqueta la insignia con forma de uve invertida y le dieron a elegir a qué parte del nuevo sistema quería unirse. Se le dio la opción de trabajar en la defensa, en la construcción, en las expediciones o incluso en la tecnología, opciones que con el paso del tiempo se fueron volviendo inexistentes, pues hacían que los nuevos integrantes trabajaran de lo que se les ordenara. Tobyas, que nunca había sabido muy bien cuál era su destino y cuya existencia había consistido en ir de un lugar a otro movido por los vientos que hubiera en ese momento, decidió que unirse a la Flota sonaba bien. Se embarcaría y recorrería los mares de Vestalia en busca de no sabía qué. Tampoco le importaba. Lo único que se repetía una y otra vez era que, al menos, estaría lejos de ese infierno en el que se había convertido la tierra firme.

A pesar de que esta decisión fue completamente voluntaria, e incluso llegó a hacerle ilusión en algún momento que otro, Tobyas no podía parar de repetirse que seguro que había alguna opción mejor que pasarse los días y las noches limpiando las tablas apestosas de aquel barco. Si al menos la tripulación fuera más limpia..., pero los marineros parecían demasiado ocupados como para tomarse la molestia de hacer sus necesidades en los cubos preparados para ello o para ser más cuidadosos a la hora de eviscerar los peces que acababan en las redes y que servían de alimento principal.

Le costó varios días aclimatarse a aquel horrible olor y comprender que ese iba a ser el ambiente en el que iba a vivir durante los próximos años. Aunque lo había preguntado en alguna ocasión, nadie le daba una respuesta clara sobre cuánto tiempo pensaban estar enrolados en aquella misión, ni si habría otra cuando la terminaran. A los pocos meses de entrar en la Flota, descubrió que la intención de la comodora Flancon era no abandonar las aguas más que para lo esencial. Recorrerían cada rincón de los mares de Vestalia y volverían a tierra firme cuando fuera estrictamente necesario o cuando algún hallazgo importante les indicara que era hora de regresar a casa.

Aun así, a pesar de que cada vez que se subía a aquel barco al que le encantaría llamar hogar lo hacía sabiendo que era muy probable que pasaran varios meses antes de volver a pisar tierra firme, no pudo evitar enamorarse.

Se llamaba Otila Larson y tenía los ojos más negros que había visto jamás. Se conocieron en Vesticum cuando él volvía de uno de sus viajes. Él se encontraba indispuerto y necesitaba una cama en la que pasar la noche y un plato caliente, y ella regentaba La Piel del Oso, uno de los bares más famosos de la ciudad. Tobyas estaba tan enfermo que, una vez en cama, cayó rendido en un duermevela del que solo salía para comer lo que Otila le ofrecía. Cuando tuvo la suficiente fuerza, se dio cuenta de que lo que sentía cada vez que miraba a la mujer tenía un nombre. Fue algo instantáneo, un amor de esos que llega al corazón al momento y contra el que es imposible luchar. Tampoco quiso hacerlo.

La primera vez que la besó supo que estaba perdido y que todo él se había quedado encadenado a esa melena rizada de aspecto salvaje. Poco le importó que ella estuviera casada o que tuviera planes en los que él no estaba incluido. Lo único que sabía era que cada vez que volvía a puerto la encontraba en la misma taberna de siempre, detrás de la misma barra, sirviendo el mismo vino y dispuesta a darle todo ese amor que él anhelaba

durante los largos meses de travesía. Otila lo significaba todo, y pensar en ella hacía que las expediciones transcurrieran más deprisa. Al menos tenía la certeza de que, cuando volviera a tierra, tendría un lugar seguro en el que pasar unas cuantas horas. Volver al barco con el olor de Otila todavía en su piel y en sus ropas suponía un aliciente para no pensar en los duros meses que le aguardaban por delante.

En esas expediciones, aunque la comodora Flancon había invertido todo su conocimiento y ganas, no habían descubierto gran cosa. Habían empezado por el mar Rocosó, al oeste de Vestalia, y se habían pasado los últimos cinco años analizando palmo a palmo aquellas aguas oscuras. A pesar de que habían puesto todo el empeño que se podía poner, no habían encontrado más que alguna que otra isla desierta poco fructífera y enormes animales que huían de ellos en cuanto los avistaban. Nada que mereciera la pena reseñar y, por supuesto, nada que les cubriera de gloria, como la comodora Flancon pensaba que ocurriría cada vez que iniciaban una expedición. Dejaron el mar de Aguas Troceadas, al norte de Vestalia, para el final, ya que se decía que las grandes tormentas y las horribles corrientes hacían que todo barco que se atreviera a navegar por allí acabaría en el lecho. Decidieron ir a lo seguro y continuar por el mar Argentó. Habían relegado para lo último el mar más cercano a Vésticum porque tenían la sensación de que allí no encontrarían gran cosa, que los habitantes anteriores al antiguo régimen ya habrían explorado aquellas islas que los días de sol se intuían desde la costa, pero dado que no habían encontrado nada en todo ese tiempo, tendrían que abrazar esa última opción.

Tobayas, en esos años, había perdido la esperanza de hallar algo de interés en esas aguas. Sabía que se decía que los puertos habían quedado inutilizados cuando se instauró el sistema de mentiras, pero empezaba a sospechar que, en realidad, se había debido a que no había nada más allá del horizonte que mereciera

la pena explorar. Hasta que escuchó la voz emocionada de uno de los marineros cuando comenzó a gritar sin parar que estaba avistando algo.

Había vivido varios momentos como aquel durante los últimos años y aun así siempre se sorprendía por la rapidez con la que cambiaba el ambiente en el barco. Sin que nadie tuviera que decir nada, todos ocupaban sus posiciones: las velas se plegaban, las anclas se preparaban, el timón se sujetaba con fuerza y los ojos se clavaban en aquello que suponía un halo de esperanza. Tobyas había tratado de encontrar una explicación al hecho de que esas expediciones supusieran una esperanza para los marineros, pues no entendía qué podrían encontrar en tierras lejanas que fuera tan importante. Sin embargo, jamás había hallado una explicación. Aunque él tenía una teoría: querían encontrar libertad. Algo lo suficientemente bueno como para que la comodora Flancon y, sobre todo, la cúpula de la Nueva Gobernación decidieran que ya era hora de dejar de hacer expediciones. Por lo que, suponía Tobyas, nadie sabía lo que estaban buscando y, al no saberlo, cualquier hallazgo era sinónimo de una posible victoria.

Había una cosa que tenía que admitir: ese entusiasmo era contagioso. A pesar de que, en lo más profundo de su ser, Tobyas sabía que moriría en ese barco, que sus compañeros se pusieran a cantar canciones infantiles cuando avistaban un nuevo objetivo hacía que su visión se volviera un poco más optimista. Así que él, lejos de dejarse llevar por sus oscuros pensamientos, corría a la borda para contemplar qué era eso que tanta alegría prometía.

Entonces lo vio: tierra. Y parecía fértil. Estaba llena de árboles y no había rocas a su alrededor que amenazaran con destrozar el casco del barco. Si, por un casual, lo que estaba buscando la Nueva Gobernación era un lugar para seguir expandiendo el territorio de Vestalia —teoría que cobraba más sentido cada vez que la pensaba—, sin duda, aquel parecía el más adecuado de cuantos habían descubierto hasta la fecha. Desde luego, las islas

que habían avistado en el mar Rocosó eran tan yermas e infértiles que nadie querría empezar una vida allí. Por no hablar de las grandes bestias marinas que rodeaban esos archipiélagos... A Tobyas se le ponía la piel de gallina con tan solo pensar en esas aletas amenazantes sobresaliendo del agua. Sin embargo, aquella isla... Sí, aquella isla parecía un lugar bonito en el que empezar una nueva vida. Seguramente tuviera agua dulce —por todos los dioses, cómo echaba de menos un buen río donde darse un chapuzón— y también fruta y algo que no fuera pescado para comer.

Aunque le habría encantado, no pudo seguir navegando en sus pensamientos porque la comodora Flancon salió de su camarote y se puso a dar órdenes. Los botones dorados de su traje azul marino brillaban tanto que daba la sensación de que los acababa de pulir hacía tan solo unos segundos.

—¡Tú, amarra mejor esas velas! ¿Es que nadie va a recoger este desastre? ¿No veis que se acerca una tormenta?

Tobyas dirigió la vista al cielo y se dio cuenta de que la comodora tenía razón: una nube negra se cernía amenazante sobre ellos.

—¿Dónde está Camille? —continuó la mujer—. ¡Camille!

Un sonido de cacharros salió de debajo de las escaleras. A los pocos segundos, una chica de rostro ruborizado y pelo rojo y alborotado salió por una de las escotillas.

—¡Camille! Necesito que eches un vistazo a esto. Dirígete a la proa y cuéntame qué ves.

La chica obedeció enseguida, aunque con la cabeza gacha y con el rostro más encendido de lo normal, lo que siempre parecía imposible. Tobyas había tratado de hablar con ella en más de una ocasión, pero nunca lo había conseguido. Era escurridiza como una morena y se escondía en las cocinas cuando alguien intentaba interactuar con ella. Era innegable que había pensado en esa chica, mucho, pero siempre movido por la curiosidad que despertaba en él. ¿Qué hacía alguien como ella en un barco como aquel? ¿Por qué vivía en las cocinas si no era la cocinera? ¿Por

qué la comodora Flancon confiaba en ella para que le dijera si era oportuno detenerse en un terreno?

Teniendo en cuenta todo aquello, no era de extrañar que los rumores hubieran empezado a instalarse en la nave. Tobyas, en los ratos en los que se dedicaba a fregar las maderas, había escuchado de todo: que si era una bruja, que si tenía poderes o incluso una visión extraordinaria que hacía que pudiera ver a decenas de millas. El chico opinaba que todas esas suposiciones no eran más que tonterías sacadas de las cabezas aburridas de los marineros. Aunque a veces había llegado a escuchar teorías muy elaboradas que, en caso de no controlar sus pensamientos, habrían acabado por convencerlo. Lo cierto era que Tobyas pensaba que Camille era una chica corriente a la que la comodora Flancon, por el motivo que fuera, trataba de contentar. Tal vez fuera la hija de algún magnate de la Nueva Gobernación, tal vez la comodora solo trataba de hacer que se sintiera especial. Porque si una cosa estaba clara era que Camille no tenía nada de extraordinario. No hacía falta más que verla. O al menos eso se repetía Tobyas una y otra vez para que no se le olvidara sin querer que todas sus atenciones y todos sus pensamientos se debían a una única mujer: Otila.

La chica, pasados un par de minutos, se acercó al oído de la comodora y susurró algo inaudible para el resto del barco. A Tobyas poco le importaba saber qué había dicho, le bastó ver el rostro de Flancon para darse cuenta de que esta vez sí que iban a parar.

Por fin, después de unos cuantos meses, iba a pisar tierra firme.

CAPÍTULO 2

Carey Regminton
Bábilos, al noreste de Vestalia

El olor a comida rancia y a sudor se coló por debajo de su bufanda, que le cubría buena parte de la cara.

Su corazón estaba acelerado, como siempre ocurría antes de momentos como aquel, pero lejos de ser una sensación molesta o que le preocupara, Carey se dejaba llevar por esa euforia que acompañaba a los rápidos latidos.

Ni siquiera reparó en la posibilidad de que no fuera capaz de hacerlo, un pensamiento como ese no tenía lugar en su cabeza. Así que cuando se vio en aquella situación, con su hogar destruido, la certeza de saber que se había quedado sola y con los disparos de los fanáticos como única banda sonora, decidió que tendría que buscarse la vida como fuera.

—De acuerdo, señores —dijo mientras levantaba su pistola. Le había sacado brillo aquella misma mañana, así que los engranajes dorados soltaban sutiles destellos que terminaban de darle la elegancia necesaria a la escena—, esto es un atraco. Las manos levantadas donde yo pueda verlas. Vamos a calmarnos, por favor; les prometo que será rápido.

Siempre había pensado que era tan buena mintiendo porque no cuestionaba demasiado sus actos. Era como si entrara en una suerte de trance que le hacía no ser consciente de lo que estaba ocurriendo, aunque en el fondo sí que controlaba cada uno de

sus movimientos. En aquellos instantes no pudo evitar pensar en lo que había acontecido unos años atrás, aunque eso no le impedía en absoluto mantener la concentración en todos los movimientos de los que ya tenían las manos levantadas y una mueca de horror pintada en los rostros.

Después de la explosión, la oscuridad lo invadió todo. En un primer momento se concentró en seguir respirando. El polvo del derrumbe le había inundado los pulmones y comenzaba a tener dificultades para llenarlos de oxígeno. Se esforzó por toser, hasta que por fin consiguió limpiar un poco las vías y dejar pasar aire limpio. Después de aquello, se quedó en silencio para tratar de comprender qué estaba ocurriendo. No se atrevió a abrir los ojos, pues prefería dejarse guiar por sus otros sentidos. Sabía que, en una circunstancia como aquella, la vista era el sentido menos fiable de todos. Trató de escuchar, pero al no oír nada, decidió que era el momento de enfrentarse a la realidad.

Cuando abrió los ojos se dijo a sí misma que hubiera sido preferible mantenerlos cerrados para siempre.

Lo primero con lo que se topó fue con el cuerpo magullado de Caronte, su padre, que yacía en el suelo en una posición imposible. Tenía sangre y tierra por todas partes, y una mueca de dolor que, a pesar de no estar sintiéndolo ya, no parecía querer abandonarlo. Se abalanzó sobre él. Poco le importó que hubieran pasado tan solo unos minutos desde que descubrió que la había estado engañando durante toda su vida. No pensó en Hamica, ni siquiera en todas las posibles verdades que se llevaría a la tumba. Era su padre, el único que había estado a su lado; el único que, al fin y al cabo, había creído en ella.

Recordaba perfectamente cómo miró a su alrededor, en busca de algún signo de vida, y cómo se derrumbó cuando comprendió que no había nadie más allí. Sabía dónde estaba, por supuesto que sí. Su padre le había enseñado cada rincón del castillo de Brítacor cuando era pequeña. Estaba en los túneles. Aunque

su función principal era la de conducir aguas residuales, había algunos que eran perfectamente transitables y que quedaban a salvo de las inmundicias. Había recorrido esos pasajes un millón de veces mientras se escondía de los soldados de Caronte. Habían sido su refugio cuando, en la adolescencia, necesitaba un sitio donde llorar a solas por sentirse incomprendida, y cuando no quería ir a clase. Los túneles, que tantas otras veces la habían salvado —si bien de manera distinta—, se habían convertido de nuevo en su salvoconducto.

Pensó durante unos segundos qué hacer con su padre, aunque el instinto de supervivencia enseguida le dio la respuesta: no podía hacer nada salvo cerrarle los ojos y dejarlo descansar en el que había sido su hogar. Aquella decisión le dolió, aunque no tanto como se podía esperar al haber perdido a un progenitor. Quizás fue la necesidad de vivir que se apoderó de ella hasta obligarla a no pensar en la muerte de una manera triste, o tal vez fuera que no estaba preparada para comprender que se había quedado sola en el mundo y que, sin la ayuda de su padre, difícilmente podría salir adelante. Debido a una cosa o a otra, el dolor se quedó resguardado en un lugar recóndito de su corazón, esperando el momento oportuno para aparecer y hacer saltar esas lágrimas que entonces se negaron a salir.

Después de comprobar que no tenía ningún hueso roto —a aquellas alturas todavía no comprendía la suerte que había tenido—, se dispuso a salir del castillo dejándose guiar por su instinto.

Hasta que lo oyó...

Un susurro la llamaba.

Se dio la vuelta, esperanzada por que fuera su padre y enfadada consigo misma por no haberse dado cuenta de que en realidad estaba vivo. Sin embargo, ninguno de los dos sentimientos duró demasiado dentro de ella, porque pronto se dio cuenta de que no era Caronte el que la estaba llamando. Era...

—Ni se te ocurra dar ni un paso más —dijo calmada. Si algo había aprendido de su padre era a no dejar creer al enemigo que tenía más poder que ella. Incluso dejó las cortesías de tratarlos de usted—. Vuelve donde estabas y no me obligues a disparar.

Aquello se le daba bien, pero había días en los que se topaba con grupos más difíciles que otros. El de hoy parecía que no le iba a poner las cosas fáciles.

—Ya os lo he dicho: si os estáis tranquilitos acabaremos muy pronto y podréis volver a seguir bebiendo como si no os importara no volver a despertar.

Uno de los hombres, que se había medio escondido detrás de la barra, soltó lo que pareció ser una carcajada. Carey pensó que en los grupos difíciles también había gente con humor.

—*Verdad número veintidós mil cuatrocientos ocho de Babilos. Druno Malyor roba todas las noches pasteles en el puesto de Vindren Clim. Repetimos. Verdad número veintidós...*

Carey dejó de escuchar. Aquellas grabaciones que salían por los altavoces repartidos por toda Vestalia conseguían sacarla de quicio. Tanto que no había parado hasta encontrar en el mercado de contrabando unos dispositivos que, metidos en el oído, cancelaban por completo esa voz metálica. Le habían costado más de lo que jamás admitiría, pero tenía que reconocer que era la mejor compra que había hecho jamás. No los llevaba siempre, pero al menos podía disponer de ellos cuando necesitaba descansar de ese sistema horrible que le martilleaba la cabeza cada vez que pisaba la calle.

—De acuerdo, vamos a hacer lo siguiente —atrajo la atención de los que se habían distraído con la grabación. Sabía que cuando llevaba esas enormes gafas para proteger su identidad perdía uno de sus puntos fuertes: su mirada de hielo; así que tenía que reclamar esa atención a través de su lenguaje corporal—. Uno a uno vais a ir dejando encima de la mesa todo lo que tengáis, me da igual lo que sea, cualquier cosa. Si descubro

que me estáis engañando o que intentáis algo que no debéis, dispararé.

—¿Cómo sabemos que no vas de...?

Carey apretó el gatillo antes de que el hombre, agazapado detrás de una banqueta que cojeaba ante el temblor de sus manos, pudiera terminar la frase. Las virutas de madera del techo volaron por la taberna, llenando el ambiente de polvo.

—No queráis saber de lo que soy capaz.

El silencio lo inundó todo. Justo en ese momento pareció que los hombres se daban cuenta de que aquello no era ningún juego, de que Carey no dudaría ni un solo segundo en volver a disparar si era necesario.

Uno de ellos se levantó con las manos en alto y gesto sumiso. Carey lo analizó y comprendió lo que ocurría: siempre había uno que daba el primer paso.

Se acercó a ella y metió las manos en los bolsillos. Sacó un pañuelo bordado que había pasado por mejores momentos, un catalejo pequeño y una manzana diminuta. Le dio la vuelta a la tela de los bolsillos para hacerle entender a Carey que eso era todo lo que tenía.

Otro imitó sus pasos, mientras, los demás miraban y guardaban silencio. Poco a poco, los ocho hombres que había en la taberna le siguieron.

Carey chascó la lengua al ver el botín que había conseguido. «No son más que migajas», pensó, pero era mejor eso que nada. Lo metió todo en un saco de tela que había llevado consigo y caminó hacia atrás hasta que rozó la puerta con la mano en la que no llevaba el arma.

Entonces uno de los clientes realizó la mayor estupidez que podía cometer en esos instantes: de debajo de la barra sacó una pistola y apuntó a Carey.

La chica lo analizó y comprobó que le temblaba el pulso demasiado, que tenía la frente perlada de sudor y que apretaba

la mandíbula hasta tal punto que parecía que se le iban a saltar los dientes.

—No hagas ninguna tontería —le advirtió.

Sin embargo, el hombre, lejos de seguir el consejo de Carey, apretó el gatillo.

Ella, en el último segundo, se agachó y evitó que la bala le diera en el hombro. Miró al tirador con gesto incrédulo. Quiso decirle que era un inconsciente por haber disparado, que no tenía ni idea de a quién se estaba enfrentando, pero al final comprendió que aquello no serviría de nada. El tiempo, los golpes y la soledad le habían hecho aprender a marchas forzadas que había veces en las que no servía de nada quedar por encima. Aprovechó el jaleo que se había montado —pues el resto de hombres se vieron con fuerzas para recuperar lo que la chica les acababa de quitar— y salió corriendo por las puertas batientes de la taberna. Mientras huía, escuchó cómo los clientes se increpaban entre sí y comenzaban a echarse la culpa unos a otros de que una muchacha les hubiera arrebatado las pocas pertenencias que les quedaban; además del orgullo.

«Siempre tiene que haber un valiente», pensó al tiempo que sopesaba qué ruta era mejor tomar.

En los últimos meses se había dedicado a memorizar cada rincón de Babilos. Era una ciudad en la que había estado varias veces cuando su padre la mandaba a alguna misión, pero lo que veían sus ojos en esos momentos no era más que una sombra de lo que había sido una majestuosa ciudad. Ya no quedaba nada de los grandes edificios que había entonces, ni de las columnas retorcidas que decoraban cada rincón. Las fuentes clásicas que presidían las plazas ahora no eran más que piedras amontonadas unas encima de otras, por no hablar de las estatuas ecuestres, tan famosas en Babilos, que habían desaparecido sin dejar rastro.

Ningún rincón de Vestalia se había librado del derrumbe. Los fanáticos lo tenían todo pensado: habían decidido acabar con la

vida conocida hasta entonces de una sola tacada. Habían llenado cada rincón con pólvora en un operativo que tan solo duró un par de días. Carey le había dado muchísimas vueltas a cómo había sido posible que cuatro locos hubieran acabado con el sistema establecido en toda Vestalia. ¿Tan buena organización habían tenido? ¿De tantos recursos disponían? Con el paso del tiempo, mientras sus ojos eran testigos de cómo los fanáticos —que ahora se hacían llamar la Nueva Gobernación— levantaban un nuevo imperio en cuestión de semanas, se dio cuenta de que sí, de que disponían de todos los recursos necesarios para hacerse con el poder y librarse de los enemigos.

«Solo que conmigo no han podido», se rio por lo bajo mientras seguía corriendo. Echó un rápido vistazo hacia atrás para cerciorarse de que seguía teniendo ventaja y se alegró al ver que el vino caliente había hecho mella en aquellos hombres. Le encantaba atracar tabernas por eso: estaban llenas de presas fáciles.

Carey había conseguido despistar a los fanáticos durante aquel tiempo. Ni siquiera les había otorgado la satisfacción de dejarse capturar y que le dieran a elegir entre ser fiel a la Nueva Gobernación o morir en un juicio público. Se había escondido como una comadreja que huye de un depredador y que se sabe todos los escondites del país. Porque se los sabía, por supuesto que sí. Después de haberse pasado tantos años viajando por Vestalia mintiendo, no había ni un solo rincón que le fuera desconocido. Por no hablar de los contactos que tenía en cada ciudad. Si bien era cierto que no eran muchos los que habían sobrevivido, todavía quedaba algún viejo amigo de esos que le debía un favor importante. Y había llegado el momento de cobrarlo.

Continuó corriendo un poco más hasta que llegó a las afueras de la ciudad. Volvió a mirar hacia atrás una última vez para asegurarse de que había despistado a los hombres de la taberna y, todavía con la bufanda bien subida y con las gafas oscuras bien ajustadas, se deslizó por un pequeño hueco que había en el suelo.

Había descubierto aquel sitio de casualidad. Precisamente, porque se cayó dentro de él. Iba hablando, distraída, y, de repente, el pie se le coló entre las rocas y la madera. Cuando se acostumbó a la oscuridad, se dio cuenta de que estaba en lo que había sido una casa. Supuso que se derrumbó por la explosión. Sin embargo, el interior estaba casi intacto. Tan solo tendría que quitar unas cuantas piedras para que entrara un poco más de luz natural y poner otras tantas de forma estratégica que impidieran el paso del agua. Sería un trabajo fácil y, en cuestión de horas, tendría un nuevo hogar en el que asentarse durante unos meses.

Menos mal que había aprendido a deslizarse por el hueco de una forma mucho más elegante que aquella primera vez. Su piel, que al principio acababa magullada cada vez que entraba por el hueco, se lo agradeció enormemente.

Dentro olía de maravilla. A romero, ajo y nostalgia. Por mucho que quisiera negarlo y dárse las de dura diciendo que prefería la soledad y que se las podía apañar sola, lo cierto era que tener compañía no estaba tan mal. Sobre todo como en aquel momento, en el que llegaba agotada después de haber tenido que huir de un atraco, sudorosa y sin fuerzas ni para quitarse las botas.

—¿Cómo ha ido?

Carey la miró y soltó una sonrisa de medio lado, de esas que querían decir «¿Tú qué crees?».

—Podría haber ido mejor, pero no ha estado mal.

Cogió la bolsa, que había sujetado con fuerza durante la carrera, y la volcó encima de la mesa de madera que, aunque un poco astillada, todavía cumplía su cometido.

La chica se acercó al botín y trasteó en busca de algo que no encontró. O al menos eso indicó el gesto de desilusión que no pudo evitar que se reflejara en su rostro.

—Solo son baratijas —dijo decepcionada.

—Pero menos es nada. Con esto tendremos para una semana, más o menos. Creo que conozco a alguien a quien podría interesarle este reloj, aunque tiene el cristal bastante rayado...

—Carey, tenemos que apuntar más alto —sentenció la otra chica mientras examinaba un catalejo en miniatura que tenía la mirilla rota—. Si seguimos atracando tabernas no conseguiremos más que bagatelas. Y ya sabes que nos exponemos muchísimo cada vez que salimos de aquí. Tenemos que aprovechar...

—Sí, lo sé. Tenemos que aprovechar cada oportunidad cuando salimos de estas ruinas. —Carey, después de haberla escuchado un millón de veces en esos cinco años, se sabía aquellas palabras de memoria—. Pero las tabernas son fáciles. Sea la hora que sea, la clientela está borracha, lo que me permite huir fácilmente.

—Sí, eso es cierto. Pero tampoco conseguimos mucho a cambio de exponernos. Esto... ¿esto es un trozo de queso mohoso?

La chica se lo acercó a la nariz y compuso una mueca de asco que le indicó a Carey que no necesitaba ninguna respuesta por su parte.

—Las cosas están muy mal en Vestalia —le recordó mientras se sentaba en una butaca medio rota y se quitaba las botas—. Y tenemos que conformarnos con lo que sea. Solo hay que salir ahí afuera para darse cuenta de cómo ha cambiado todo.

La chica guardó silencio. Carey tenía razón. Vestalia no era más que una sombra de lo que había sido. Por no hablar de la gente... La mitad de los supervivientes de la explosión acabó colgada de una soga y la otra mitad hacía lo que fuera con tal de vivir un día más. Los que habían rendido pleitesía a la Nueva Gobernación —ya fuera por convicción propia o porque no les quedó otro remedio— sabían que las cosas no iban a ser fáciles a partir de entonces.

—A veces me pregunto qué habría sido de nosotras si hubiéramos aceptado formar parte de este nuevo gobierno. Supongo

que la vida se vería distinta si lleváramos una de esas insignias decorando nuestro pecho.

Carey se levantó de golpe, todavía con las botas de cuero en la mano. Se acercó a la chica como un vendaval y se quedó a un par de palmos de su cara. Desde ahí se hacía más evidente la diferencia de altura que existía entre ellas. Carey le sacaba por lo menos una cabeza.

—Escúchame —le dijo mientras la apuntaba con un dedo—, eso no lo pienses ni en broma. Nos habrían matado sin darnos ni siquiera la opción de elegir.

—Pero...

—¡No! Ya hemos tenido esta conversación un montón de veces, y sigo pensando lo mismo: si nos llegan a coger vivos nos habrían tratado como trofeos. Nos habrían matado sin miramientos y habrían utilizado nuestros cadáveres para darse importancia. Habríamos sido la parte más deliciosa de su plan. Se lo habrían pasado en grande desollándonos y luciendo nuestras cabezas en la plaza de Vésticum.

—No sé, Carey...

—Hamica —sentenció sin un ápice de duda en lo que iba a decir a continuación—, por algo somos las hijas de Caronte Regminton, el mayor enemigo de la Nueva Gobernación. No habríamos durado vivas ni un solo segundo.